







Las contadoras de estrellas





*Para mi familia y amigos. En especial a
Patricio, Ignacita, tía Felisa, y a todos quienes
miran el cielo buscando respuestas.*

Colección Planeta Rojo Diseño de colección:
María de los Ángeles Vargas T.

© Del texto: Diagramación:
Feliza Marro, 2019 Ricardo Alarcón Klaussen

© De las ilustraciones:
Caro Celis, 2019 Ninguna parte de esta
publicación, incluido el diseño

© Editorial Planeta Chilena S.A., 2019 de la portada, puede ser
reproducida, almacenada o
transmitida en manera alguna
Av. Andrés Bello 2115, Piso 8,
Providencia, Santiago de Chile. ni por ningún medio, sin permiso
www.planetalector.cl previo por escrito del editor.
www.planetadelibros.cl

Primera edición | diciembre 2019
ISBN | 978-956-6038-17-7
Registro: A-303617

Impreso en Chile / Printed in Chile

**El libro original protege el
trabajo del autor, diseñador y
del equipo editorial. Comprar
el original es respetar ese
trabajo. No fomentes el delito
de la piratería.**

Las contadoras de estrellas

FELIZA MARRO

Ilustraciones de Caro Celis

 **Planetalector**
Literatura Infantil y Juvenil





Capítulo 1

La Misión 2050

Como cada atardecer, el capitán Julio Cruz y los tripulantes del domo flotante Misión 2050 procedían a correr lentamente una gran malla elástica a unos 10.000 metros sobre el suelo, casi al límite de la tropósfera. La red parecía una verdadera telaraña que se extendía por el cielo y de ella pendían unos faroles redondos que eran encendidos apenas el sol se escondía.

Pero esto que puede sonar muy extraño, tiene una razón que puede no serlo.

Todo se remonta a varios años atrás, a inicios del año 2031, cuando el colapso medioambiental llegó a límites estratosféricos, lo que incluía grandes sequías, inundaciones y tormentas de nunca acabar. La contaminación y el calentamiento global habían empeorado la vida de todos los seres vivos. ¡Todo estaba fuera de control! Y ya nada podía ser como antes.

Las ciudades se reubicaron en forma de comunidades subterráneas para proteger a la gente de las altísimas temperaturas que había durante el día. Y quienes trabajaban en la superficie, lo hacían con trajes especiales. Pero ellos no tenían nada bonito a la vista, pues los



campos y bosques se habían secado, los océanos lucían sin vida, y el cielo se había transformado por completo. Este ya no era de color celeste como lo recordaban los más adultos, porque el exceso de contaminación en el aire había creado una densa capa de gas, de un color entre gris y café, que parecía un enorme trapo sucio que cubría cientos de ciudades alrededor del mundo.

El planeta se había deteriorado por la irresponsabilidad del ser humano, miles de especies animales simplemente habían desaparecido y nadie creía lo que estaba sucediendo, pues durante muchos años se creyó que la belleza del planeta era algo eterno.

Para combatir esta catástrofe se crearon medidas globales urgentes. Planes para descontaminar las aguas con imanes de suciedad; grandes aspiradoras como platinillos voladores para limpiar el aire; nuevas técnicas para la recuperación de tierras estériles; y plantación masiva de nuevos bosques y cultivos. También se ordenó que toda la chatarra acumulada hasta el año 2031 se reutilizara o reciclara de manera creativa. Así, millones de celulares, ropas, botellas plásticas y otros artefactos que acababan en las calles y ríos, tenían otra utilidad en las nuevas comunidades subterráneas.


En un par de años, la vida se transformó para todos, y los más afectados por esto fueron los niños, que ya no podían andar libremente como lo hicieron generaciones anteriores, pues tenían prohibido salir a la superficie.



Los adultos querían protegerlos a toda costa del calor y de la catástrofe. Se sentían tan culpables del colapso ambiental que no querían que ellos tuvieran que sufrir las consecuencias. Por eso, además de dedicar tiempo a la recuperación del planeta, los adultos también ideaban nuevas tecnologías para que los niños no estuvieran so-los y aburridos bajo tierra.


Al principio, los niños estaban a gusto con pasar todo el día conectados a la *infranet* (internet subterráneo), pero lo que por años calmó hasta al más rebelde, ahora ya no era suficiente. Con el pasar de los meses, se crearon unos tutores-robots, los M0081, unos seres hechos a partir de desechos de metal y plástico reciclado, que tenían más información que un celular del año 2025, y que tenían el aspecto de viejos artefactos del pasado, como batidoras o tostadoras. Ellos se transformaron en la compañía de los niños, les daban las tareas semanales y los evaluaban con un máximo de diez puntos por cada asignación completada (si el estudiante lograba un buen puntaje anual podía pasar al siguiente nivel de enseñanza, algo así como pasar de curso, pero siempre con el mismo profesor).

Los niños parecían felices con estas tecnologías y otras que tenían a mano, sin embargo, a mediados del año 2034 ellos solo querían una cosa: salir a la superficie. Entonces, las protestas en la *infranet* comenzaron. Se sumaron miles de voces y así fue como la discusión llevó al mundo adulto a un momento crucial.




En el año 2035, durante el Congreso Internacional de Emergencia, las naciones del mundo votaron por dos alternativas: que los niños no salieran a la superficie (hasta cumplir la mayoría de edad), o que los niños solo salieran de noche.

Debido al gran revuelo social en la infranet, ganó la segunda opción casi por mayoría absoluta. Aunque quedaba pendiente un pequeño gran problema: si los niños salían de noche, no verían nada especial allá afuera y se decepcionarían. Solo verían cientos de paneles solares, arena, una borrosa mancha lunar y ninguna estrella en el cielo.



Entonces, la comunidad científica sorprendió a todos con una inusual propuesta: crear estrellas artificiales. Algunas autoridades se burlaron diciendo que siempre había sido difícil ver las estrellas en ciudades muy iluminadas y que no era algo «tan necesario», pero los expertos respondieron que era urgente reconectar a los niños con la naturaleza de alguna forma, y esa forma era observando el cielo nocturno para otorgarles un momento de felicidad, aunque fuera con un firmamento de mentira.




A partir de ese momento se hizo oficial y obligatorio el uso de estrellas artificiales en las grandes ciudades. Todos querían sumarse cuanto antes a este plan de estrellas de mentira al que se le llamó «Misión 2050» —porque la meta era tener el cielo limpio para


ese año—, cuyo lema fue «Nadie puede crecer sin mirar las estrellas».

Algunas ciudades proyectaban las estrellas desde las cumbres más altas. Las que tenían mayores recursos ocupaban hologramas digitales a gran escala, y otras, las más pobres, usaban un precario sistema de redes de estrellas, como el que había en ciudad Pequeña, donde vivía el capitán Cruz. Él, al enterarse de esto mientras estudiaba astronomía, pensó que era una tremenda tontería y, junto a su profesor de matemáticas avanzadas, Greco Gregorio, trató de rebelarse al plan de estrellas artificiales. Poco a poco, todos los rebeldes fueron silenciados y condenados a trabajar por siempre en la superficie, pero aquello no frenó el espíritu de ambos amigos, al menos al principio. Sin embargo, cuando Julio Cruz se convirtió en papá, su visión cambió, y pronto abandonó a su profesor y sus viejas ideas. Y es que todo cambió para el capitán después de ver la feliz reacción de su hija al mirar el firmamento por primera vez. Al instante, decidió hacerse parte de la Misión; sentía que el esfuerzo valía la pena, aunque eso significara no volver a investigar por un buen tiempo el «verdadero cielo estrellado».

Y muchos más creyeron lo mismo. No había lugar en el planeta donde no se resguardara este secreto. Los países estaban comprometidos con evitar, por todos los medios, que los niños se enteraran del plan de estrellas artificiales, pero si algo llegaba a fallar y un niño descubría



la verdad, sería condenado, al igual que los delatores y rebeldes, a trabajar aislado de por vida en la limpieza de la extensa red de paneles solares que cubría la superficie, una labor de nunca acabar y que les dejaba escasas horas de sueño. La estricta ley afectaba por igual tanto a quien diera a conocer la verdad verbalmente, como a quien la revelara involuntariamente por medio de una falla del sistema... Pero eso estaba lejos de suceder porque todo seguía funcionando de acuerdo al plan: ningún niño había descubierto la verdad todavía y las potentes cuerdas de cobre y las esferas de vidrio reforzado eran garantía de seguridad para todos los tripulantes del domo flotante Misión 2050.



Con el tiempo, la vida de estos «topos solitarios» se volvió de lo más normal: todos bebían agua reciclada como hacían los antiguos astronautas (es decir, agua usada para el lavado de dientes y manos, y también agua proveniente de los desechos líquidos del cuerpo humano), comían lo que se cultivaba en invernaderos subterráneos, y tenían energía eléctrica que dependía precisamente de aquellos paneles solares que los rebeldes estaban obligados a limpiar. Esos eran unos aparatos extra poderosos y únicos en su tipo, los primeros en ser fabricados con un plástico carbonizado irrompible que absorbía hasta el más insignificante rayo de luz.

Para el año 2045 los niños seguían saliendo de noche, faltaban cinco años para la finalización del plan de



estrellas de mentira y el cielo contaminado no parecía renunciar a sus tonos grises y cafés, pese a los esfuerzos de los adultos por limpiarlo en profundidad. Lo positivo es que ya habían pasado diez años desde el comienzo de la Misión y el secreto seguía siendo secreto, según lo que esperaban las autoridades del Consejo Internacional de la Misión o CIM, quienes velaban por el cumplimiento de esta medida.

En ciudad Pequeña el más entusiasta de la Misión era el capitán Julio Cruz, aunque su labor fuera la más difícil, y no precisamente por tener que ocultar el secreto, sino por el trabajo que significaba sostener un sistema tan artesanal. El capitán Cruz era el encargado de desplegar la red de estrellas y contarlas con su equipo cada día para que no faltara ninguna. Y, como sucedía antes con las ampolletas de una casa, cada cierto tiempo había que cambiarlas.

El capitán Cruz era, además, el representante del CIM ante la comunidad, lo que significaba que debía vigilar que nadie en ciudad Pequeña revelara la verdad sobre la Misión. Según la ley, solo la encargada de la comunidad y el representante del CIM podían informar de «algún problema» a los oficiales del CIM, que estaban a solo una hora de distancia de ciudad Pequeña, a cargo de hacer respetar la ley. Por eso, el capitán Cruz no se preocupaba; hacía bien su trabajo y la gente no andaba por ahí preguntándose qué ocurría en el cielo, todo lo contrario,

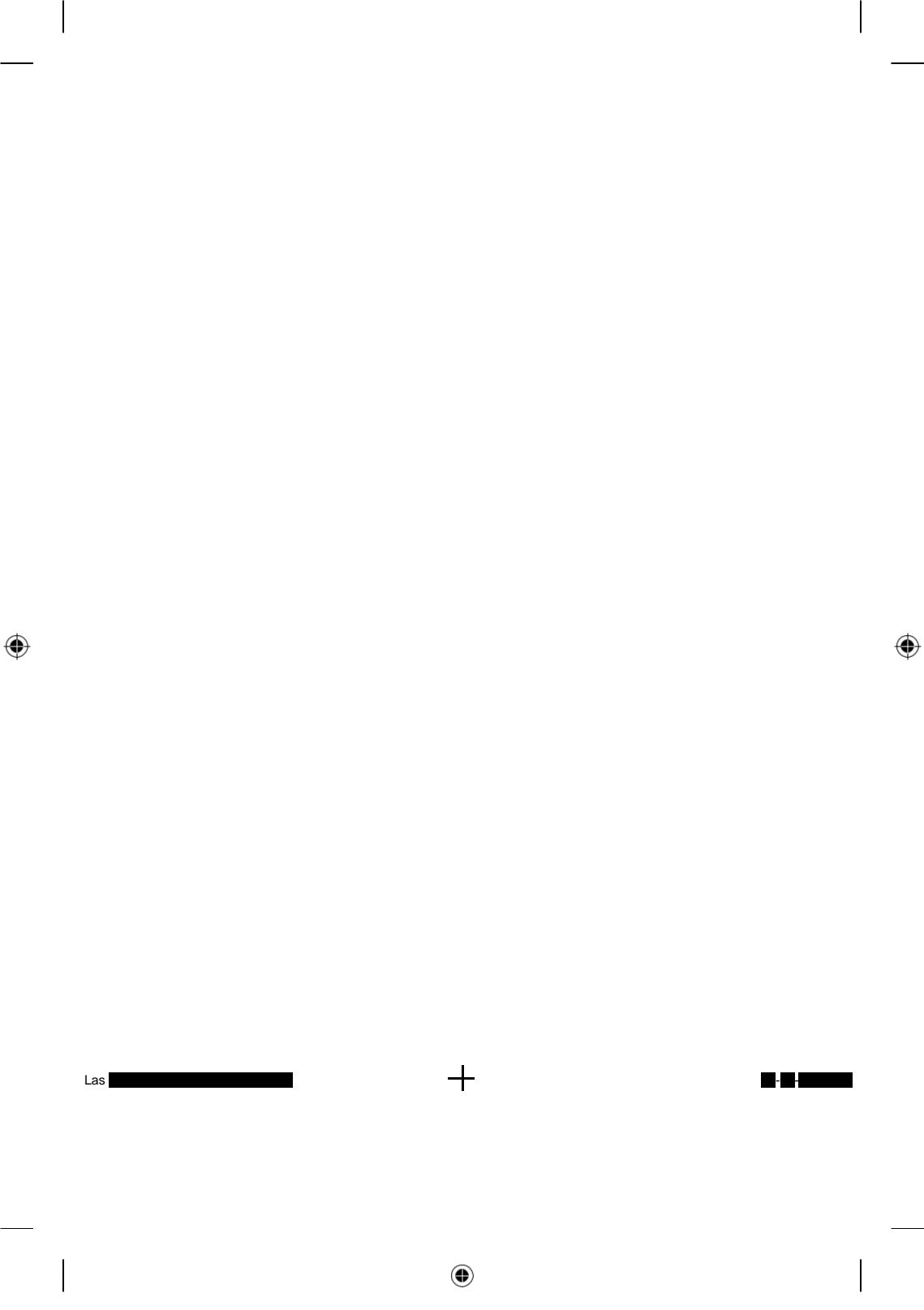
las personas se sentían felices de subir y apreciar el cielo estrellado cada noche.

Julio Cruz también disfrutaba de algunos fines de semana libres para compartir con su hija Rita, una curiosa y menuda niña de nueve años a la que le gustaba enrollarse una gruesa trenza alrededor de la cabeza (aunque supiera que eso le hacía ver la cabeza más grande de lo que era).

La madre de Rita había sido trasladada por un año al Amazonas a trabajar en la recuperación de los bosques, y cada fin de semana se comunicaba con ella a través de su pok. Los poks (nombre derivado del sonido de una botella al ser destapada) eran unas tapas plásticas inteligentes, capaces de pegarse como ventosas en cualquier superficie, incluyendo la piel humana, y los niños normalmente los llevaban pegados a la mano. Gracias a ellos ya no eran necesarios los viejos celulares o computadores, ya que facilitaban las comunicaciones con su información avanzada y hologramas láser.

Rita casi no veía a sus padres y pasaba la mayor parte del tiempo con su tutor M0081 o Moób, como lo llamaba cariñosamente. Moób era la mejor compañía para Rita, incluso cuando se atrofiaba. Tenía el aspecto de una gran tostadora vieja con ruedas de bicicleta a cada lado, y su misión era enseñarle de todo, incluso lo que existió alguna vez allá afuera: hipopótamos, cascadas, cumbres nevadas y montañas verdes.

La compañía de los M0081 y la solitaria vida subterránea mantenían tranquilos a los adultos, pues los niños ya no protestaban por la infranet ni se hablaban entre ellos en la vida real. Cada uno vivía en su cueva y los ascensos nocturnos eran la fachada perfecta para mantener la verdad en secreto. O eso creían...



Las



